

UNA SERIE DE LECCIONES EN VIDEO

EL CREDO DE LOS APÓSTOLES

Ponente: Rev. Cornelis Harinck

LECCIÓN 13:
ARTÍCULO 12 – LA VIDA ETERNA



Encomendando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

Instituto John Knox de Educación Superior
Encomendando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

© 2021 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, excepto en citas breves para propósitos de reseña, comentario o investigación académica, sin el permiso escrito del editor, John Knox Institute, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, EE. UU.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas de esta publicación han sido tomadas de la Reina-Valera 1960 TM © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Derechos renovados 1988, Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

El reverendo Cornelis Harinck es pastor emérito de las *Gereformeerde Gemeenten* (Congregaciones Reformadas) en los Países Bajos.

www.gergeminfo.nl

EL CREDO DE LOS APÓSTOLES

13 LECCIONES

por el Rev. Cornelis Harinck

1. Introducción
2. Artículo 1 — Dios el Padre y la creación
3. Artículo 2 — El Señor Jesucristo, el Hijo unigénito de Dios
4. Artículo 3 — La concepción y el nacimiento virginal del Salvador
5. Artículo 4 — El sufrimiento de Cristo
6. Artículo 5 — La resurrección de Cristo
7. Artículo 6 — La exaltación de Cristo
8. Artículo 7 — Cristo como el juez de los vivos y de los muertos
9. Artículo 8 — Dios el Espíritu Santo
10. Artículo 9 — La iglesia universal de Cristo
11. Artículo 10 — El perdón de los pecados
12. Artículo 11 — La resurrección del cuerpo
- 13. Artículo 12 — La vida eterna**

13

LECCIÓN

ARTÍCULO 12: LA VIDA ETERNA

El Credo de los Apóstoles ha unido a cristianos de diferentes épocas, lugares y tradiciones. Proclama verdades eternas para la vida de hoy. Escrito aproximadamente 300 años después del nacimiento de Cristo, el Credo de los Apóstoles resume las creencias cristianas fundamentales. Ha sido utilizado como una declaración de fe y en la adoración por muchas denominaciones. El hecho de que tantos en la iglesia primitiva murieran por su fe significa que estaban involucrados en algo más grande que ellos mismos. ¿Cuáles eran esas verdades? ¿Cómo usaron los pastores y teólogos de la iglesia primitiva el Credo de los Apóstoles como guía esencial para los principios básicos de la vida cristiana? El reverendo Cornelis Harinck presenta ese credo. Nos muestra las verdades incrustadas en el Credo de los Apóstoles que solemos dar por sentadas, cuando en realidad deberían ganarse nuestra lealtad hasta la muerte.

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 13:

El artículo final del Credo de los Apóstoles dice: «y la vida eterna». El cristiano cree en la vida que nunca terminará.

Basado en las promesas de Dios, el cristiano cree que la vida eterna comienza después de la muerte. Para el cristiano, la vida no termina con la muerte. El cristiano anda por un camino que desemboca en la vida eterna. David dice, en el Salmo 16:11: «Me mostrarás la senda de la vida; en tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre». A este versículo se le ha llamado un versículo celestial. Expresa un anticipo del cielo. Habla de gozo y bienaventuranza eternos. ¿Y dónde se hallan? David dice: «en tu presencia». La comunión con Dios es el mayor gozo del hombre.

Dios nos creó para este gozo. Dios es el propósito de nuestra existencia. Agustín exclamó: «¡Oh Dios! Tú nos has hecho para ti, y nuestro corazón permanece inquieto hasta que halle descanso en ti». Perdimos ese propósito y satisfacción cuando pecamos contra Dios. El pecado ha interrumpido nuestra comunión con Dios. Se ha interpuesto entre Dios y nuestro corazón. Hemos perdido nuestra verdadera felicidad. Fallamos en alcanzar el propósito de nuestra existencia. El apóstol escribe: «por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios» (Romanos 3:23). Jesús, por su muerte, ha restaurado la vida para todos los que creen en Él. Él fue capaz de prometer: «De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna» (Juan 5:24).

Los hijos de Dios tienen una bendita esperanza. Tienen la esperanza de la vida eterna. El apóstol dice de esta esperanza: «la cual Dios, que no miente, prometió desde antes del principio

de los siglos» (Tito 1:2). La esperanza de la vida eterna es el fundamento de la fe. Una fe cristiana desprovista de la expectativa de la vida eterna es como una escalera que no conduce a ninguna parte. Las iglesias que solo hablan de ser un buen hombre y de tratar de mejorar el mundo, y no enseñan nada acerca del futuro y de la vida eterna, se han quedado teológicamente en la banarrota.

¿Hay vida después de la muerte, o esta vida es todo lo que hay? Estas son preguntas que se han planteado en todas las épocas y por todas las naciones. Y existen tantas respuestas como preguntas. Todas estas preguntas y respuestas prueban que el hombre no puede librarse de la idea de que la muerte no es el fin. Tiene que haber algo después de la muerte. La noción de que el espíritu del hombre sigue viviendo después de la muerte es ampliamente aceptada. Cada cultura fomenta la noción de que hay vida después de la muerte. La negación de la vida después de la muerte está ausente en las civilizaciones antiguas. Solo el hombre moderno y secular niega este hecho.

El hombre moderno cree que nuestra existencia termina con la muerte. Cuando una persona muere, desaparece como un barco que desaparece en la niebla. El hombre, pensando que se ha elevado muy por encima de sus antepasados primitivos, exclama: «No hay Dios, no hay alma, no hay más allá, no hay cielo ni infierno. Solo creemos lo que podemos ver y tocar». Todo lo que importa al hombre secular es el aquí y el ahora. Por lo tanto, el lema del hombre es: «Puesto que solo vivimos una vez, debes disfrutarlo tanto como sea posible». Sin embargo, es más el lenguaje de los labios que el lenguaje del corazón. Ni siquiera los ateos devotos pueden borrar la conciencia innata de que la muerte no es el fin.

La Biblia enseña claramente que hay vida después de la muerte. Los santos del Antiguo Testamento sabían de la vida después de la muerte. La comunión con Dios que disfrutaban no terminaría con la muerte y la tumba. Asaf dice, en el Salmo 73: «Me has guiado según tu consejo, y después me recibirás en gloria» (v. 24).

La expectativa del creyente acerca de la vida eterna está relacionada con la resurrección de Jesucristo de entre los muertos. La resurrección de Jesús de entre los muertos es la garantía de su resurrección y de la vida eterna. Jesús prometió: «Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente» (Juan 11:25–26). Cuando el apóstol consuela a los creyentes respecto a sus seres queridos que han muerto, les dice que no se entristezcan como los incrédulos que no tienen esperanza. Los que están unidos a Cristo por la fe están ahora con el Señor, en cuanto a sus almas, y un día, como Cristo, resucitarán con sus cuerpos. «Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él» (1 Tesalonicenses 4:14). Ni siquiera la muerte puede romper la unión del creyente con Cristo. El apóstol habla enfáticamente acerca de la vida en la tierra y la vida después de la muerte: «Porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor; pero quedar en la carne es más necesario por causa de vosotros» (Filipenses 1:23–24).

Las Escrituras enseñan claramente que hay vida después de la muerte. Cuando los creyentes mueren, entrarán en la vida eterna, pero los incrédulos entrarán en la muerte eterna. La parábola de Lázaro y el hombre rico nos muestra dónde residía Lázaro después de la muerte y dónde residía el hombre rico después de la muerte. Lázaro murió, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham. El hombre rico murió y entonces «en el Hades alzó sus ojos, estando en tormentos» (Lucas 16:19–31). Jesús enseñó que después de la muerte solo hay dos lugares adonde irán las

almas de los hombres. Entrarán o en la vida eterna, o en la muerte eterna. Él dijo: «Mejor te es entrar en la vida cojo o manco, que teniendo dos manos o dos pies ser echado en el fuego eterno» (Mateo 18:8).

Hay un vínculo entre la vida eterna y el cielo. Jesús prometió al joven rico un tesoro en el cielo si vendía todo y lo seguía. Le dijo: «tendrás tesoro en el cielo» (Mateo 19:21). Cuando hablamos de vida eterna, pensamos en el cielo. ¿Dónde está el cielo? El cielo es un lugar específico en la creación de Dios. Es el lugar donde Dios mora. La Biblia llama a este lugar cielo: «Nuestro Dios está en los cielos; todo lo que quiso ha hecho» (Salmo 115:3). Aunque Dios es omnipresente, el cielo es su morada especial. Allí está su trono, y allí está rodeado de millares de ángeles. Dios dice de sí mismo: «El cielo es mi trono, y la tierra estrado de mis pies» (Isaías 66:1). Jesús nos enseñó a orar: «Padre nuestro que estás en los cielos» (Mateo 6:9). Después de completar su obra en la tierra, Jesús ascendió al cielo, «quien habiendo subido al cielo está a la diestra de Dios» (1 Pedro 3:22).

Cuando oímos la palabra «cielo», instintivamente miramos hacia arriba. La palabra hebrea «cielo» denota aquello que es alto y sublime. Elías subió al cielo (2 Reyes 2:11). Jesús fue llevado al cielo (Lucas 24:51). Los discípulos vieron a Jesús hasta que una nube lo ocultó de su vista: «Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos» (Hechos 1:9). Pablo fue arrebatado hasta el tercer cielo (2 Corintios 12:2). La palabra «cielo» se asocia siempre con un lugar alto en el universo de Dios.

El cielo es un lugar real en la creación de Dios. Algunos teólogos modernos quieren ver el cielo solo como una disposición espiritual—casi como la idea pagana de una morada espiritual. Aunque las Escrituras hablan del cielo como un lugar donde uno se deleita en Dios, el cielo no es simplemente un cierto estado mental. Es una ubicación real y física. Cuando Jesús ascendió al cielo, pasó de un lugar a otro. Dejó la tierra y fue llevado al cielo. Con respecto a la ascensión de Jesús se dice: «Y aconteció que bendiciéndolos, se separó de ellos, y fue llevado arriba al cielo» (Lucas 24:51). Cuando Esteban fue apedreado, vio a Jesús en el cielo. Testificó: «He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios» (Hechos 7:56). Esteban no hablaba de un estado de la mente, sino que se le abrieron los ojos a una dimensión, a una realidad que aún está oculta para nosotros ahora, una dimensión real que existe en tiempo y espacio. El cielo es un lugar adonde Jesús fue con su cuerpo. Prometió a sus discípulos que iría al cielo a prepararles un lugar. Un día ellos serían reunidos con Él en el cielo: «Y si me fuere y os prepararé lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo; para que donde yo estoy, vosotros también estéis» (Juan 14:3). Todas estas Escrituras nos enseñan que el cielo es un lugar real, el lugar donde vive Dios.

La Biblia dice diferentes cosas acerca del cielo. Es un lugar de gozo eterno, de conocer y disfrutar a Dios, de alabanza y adoración, y de estar siempre con el Señor. Por encima de todo, es el lugar donde la gloria de Dios brilla con la mayor intensidad. La manifestación más grande de la gloria de Dios está en el cielo. Es el lugar donde Dios da a conocer su gloria, y donde los ángeles y los santos redimidos le adoran. Asaf esperaba ser llevado a la gloria de Dios: «Me has guiado según tu consejo, y después me recibirás en gloria» (Salmo 73:24). Respecto de Jesús, el apóstol no solo dice que Él llevará a su pueblo al cielo, sino también que llevará «muchos hijos a la gloria» (Hebreos 2:10).

El cielo es el lugar de la gloria de Dios. La gloria de Dios es el brillo y la magnificencia de sus perfecciones. Dios permitió que su gloria pasara delante de Moisés. ¿Qué vio y oyó Moisés

entonces? Oyó quién es Dios. Oyó cómo Dios mismo proclamó su nombre: «¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado» (Éxodo 34). En el cielo, Dios despliega su gloria plena. El cielo es, por tanto, un lugar de gran esplendor. Allí se ve la gloria de Dios. La gloria de Dios es la felicidad y bienaventuranza de los habitantes del cielo. La máxima expresión del cielo es: «y verán su rostro» (Apocalipsis 22:4). Eso hace que el cielo sea cielo. Eso hace del cielo un lugar de gozo y alegría. «Y los redimidos de Jehová volverán, y vendrán a Sion con alegría; y gozo perpetuo será sobre sus cabezas; y tendrán gozo y alegría, y huirán la tristeza y el gemido» (Isaías 35:10).

El cristiano confiesa: «Creo en la vida eterna». ¿Dónde será esa vida eterna? La Biblia habla de un cielo nuevo y una tierra nueva. Después del juicio final, los creyentes entrarán en el gozo perfecto de vivir en la presencia de Dios. Estarán en la presencia de Dios para siempre. «Él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios» (Apocalipsis 21:3). Entrarán en un reino del cual la Biblia dice: «Y no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán, y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes. No habrá allí más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará; y reinarán por los siglos de los siglos» (Apocalipsis 22:3-5).

Habrà un cielo nuevo y una tierra nueva —una creación plenamente renovada. En ella vivirán los creyentes. El Antiguo Testamento ya hace mención de este acontecimiento. El Señor dice, en Isaías 65:17: «Porque he aquí que yo crearé nuevos cielos y nueva tierra». Pedro señala hacia esta promesa del Antiguo Testamento y escribe: «Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia» (2 Pedro 3:13). En la visión que Juan recibió de los acontecimientos posteriores al juicio final, cuenta, por último, lo que vio: «Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más» (Apocalipsis 21:1). La creación visible será renovada y purificada del pecado. Habrá «cielos nuevos y tierra nueva».

Esta pregunta se hace con frecuencia: «¿La tierra será destruida y reemplazada por una tierra completamente nueva, o la tierra existente será renovada y limpiada de todas las consecuencias de la caída?» Algunos pasajes de la Biblia parecen implicar la destrucción del cielo y la tierra presentes. Pedro escribe: «Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas» (2 Pedro 3:10). En Apocalipsis 21:1, leemos: «el primer cielo y la primera tierra pasaron; y el mar ya no existía más». Estas Escrituras parecen señalar hacia unos cielos y una tierra antiguos que serán destruidos y dejarán de existir.

Un estudio más profundo revelará que los cielos visibles que conocemos como las nubes y el cielo estrellado, junto con la tierra en la que habitamos, serán limpiados de todo rastro de pecado. La vieja tierra, que produce espinos y cardos, donde se ha derramado tanta sangre y se ha cometido tanta iniquidad, será renovada. El mensaje de Dios no es: «Destruiré la tierra y los cielos visibles», sino: «¡He aquí, yo hago nuevas todas las cosas!» (Apocalipsis 21:5). Él la limpiará por medio del fuego. Será una tierra nueva sobre la cual descenderá el cielo de la gloria de Dios. «Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo

de Dios con los hombres; y Él morará con ellos, y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios» (Apocalipsis 21:2–3).

La Nueva Jerusalén desciende del cielo a la tierra. Viene del cielo y se le da un lugar en la tierra nueva. El cielo vuelve a la tierra, por lo que la tierra llegará a ser nueva. La separación causada por el pecado será eliminada. La Nueva Jerusalén, el nuevo reino, descenderá a la tierra en gran gloria. La Escritura dice: «como una esposa ataviada para su marido». La congregación de los verdaderos creyentes, siendo la esposa de Jesús, heredarán la tierra. La antigua promesa a los fieles fue: «su descendencia heredarán la tierra» (Salmo 25:13). Jesús habló de la regeneración de la tierra: «En la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su gloria» (Mateo 19:28). Dios colocará su tienda —su tabernáculo— en medio de su pueblo, y morará entre ellos. Allí los creyentes habitarán en la presencia de Dios, y vivirán eternamente, sirviéndole y adorándole.

El apóstol enseña que la creación aguarda con anhelo ese día: «Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios» (Romanos 8:19). ¿Qué harán los creyentes redimidos en la vida eterna? El pleno disfrute de Dios hace que el cielo sea cielo. La comunión y cercanía de Dios será el gozo supremo de los hijos de Dios. Esto ya era así cuando vivían en la tierra. Los hijos de Dios harán eco de Asaf, diciendo: «¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra» (Salmo 73:25). Pero ahora vendrá a ser para siempre su gozo y felicidad.

El disfrute de Dios y la ausencia total de pecado harán que el cielo sea cielo. Allí, los creyentes estarán libres del pecado. También estarán libres del dolor. En el cielo no habrá ni tristeza, ni enfermedad, ni muerte, ni luto, ni dolor, ni cargar una cruz, ni sufrimiento, ni duelo. «Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron» (Apocalipsis 21:4). En el cielo, los creyentes ya no tendrán que temer a ningún diablo ni enemigo. Los creyentes en el cielo serán aquellos que han vencido. «Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos» (Apocalipsis 12:11). Pero, ¿qué harán los creyentes en el cielo? La vida en el cielo no consistirá en una ociosidad eterna. En el cielo, los creyentes servirán a Dios como nunca pudieron hacerlo en la tierra.

El cielo es, por encima de todo, el lugar de la adoración —de la adoración a Dios. El cielo estará lleno de pecadores redimidos que adoran a Dios y al Cordero. En Hebreos 8:2, Jesús es llamado el Sumo Sacerdote y ministro del verdadero tabernáculo: «Ministro del santuario y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre». El tabernáculo en el desierto fue erigido conforme a la prescripción de Dios, y sin embargo fue construido por hombres. El tabernáculo celestial es construido por Dios, y es construido con un propósito. Significa que habrá adoración en el cielo y en la tierra nueva. Juan vio el templo de Dios en la Nueva Jerusalén. El templo de Dios es el centro del cielo nuevo y de la tierra nueva. Habrá adoración en el templo. Habrá actividades de adoración que involucrarán sacerdotes, adoradores y sacrificios.

Dios será servido y glorificado. Será glorificado como el Creador de todas las cosas. Apocalipsis 4 nos muestra cómo toda la creación, así como los creyentes del Antiguo y del Nuevo Testamento, se postrarán delante de Dios y lo honrarán como Creador: «Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas» (Apocalipsis 4:11). Dios será adorado como Redentor. Los redimidos cantarán el cántico de salvación: «Y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y

de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación» (Apocalipsis 5:9).

Dios será glorificado por cómo ha guiado a su iglesia y a cada creyente en particular. «Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos» (Apocalipsis 15:3). Dios será glorificado en los juicios que ejecutará sobre los impíos: «¡Aleluya! Salvación y honra y gloria y poder son del Señor Dios nuestro; porque sus juicios son verdaderos y justos; pues ha juzgado a la gran ramera que ha corrompido a la tierra con su fornicación, y ha vengado la sangre de sus siervos de la mano de ella» (Apocalipsis 19:1–2).

Los redimidos serán reyes y sacerdotes en el cielo: «y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra» (Apocalipsis 5:10). Reinarán como reyes y servirán como sacerdotes. Esto es demasiado grande y abrumador para comprenderlo. El apóstol expresa esto diciendo: «aún no se ha manifestado lo que hemos de ser» (1 Juan 3:2). Mucho acerca de la vida eterna todavía está oculto y ahora está más allá de nuestra comprensión. Sin embargo, lo mejor será lo siguiente: «pero sabemos que cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como Él es» (1 Juan 3:2). Veremos a Jesús tal como es, y comprenderemos el amor con el que Él nos ha amado.

Rutherford anhelaba ver la cabeza que por sus pecados fue coronada de espinas, y el rostro que por sus pecados fue escupido. El credo termina en una nota triunfal para los que esperan en el Señor. Nos hace subir a una alta montaña, pararnos ante la vista de la eternidad, y contemplar lo que Dios tiene reservado para los que le aman, y decir: «creo en la vida eterna». Está tan hermosamente expresado en el Catecismo de Heidelberg, Respuesta 58: «Que, puesto que ahora siento en mi corazón el principio del gozo eterna, después de esta vida, heredaré la salvación perfecta que ningún ojo vio ni oído oyó, ni entendimiento humano comprendió, y esto para que yo alabe a Dios para siempre».

Sin embargo, esta vida presente será determinante para la eternidad. Nuestro estado eterno y futuro depende de quiénes somos ahora. Nuestro destino eterno será determinado durante esta vida corta y a menudo laboriosa. El apóstol, por tanto, dice que Dios dará a cada persona conforme a sus obras; esto es, si ha rechazado o abrazado la verdad del evangelio y ha guardado los mandamientos de Dios. Dios, según las palabras del apóstol, «pagará a cada uno conforme a sus obras: vida eterna a los que, perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad; pero ira y enojo a los que son contenciosos y no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia» (Romanos 2:6–8). Es un gran engaño pensar que uno puede vivir impíamente, rechazar el evangelio y la gracia ofrecida por Dios, y aun así heredar una vida bienaventurada al final.

El mensaje con el cual Jesús envió a los apóstoles al mundo es doble: «El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado» (Marcos 16:16). Lo opuesto de la vida eterna es la muerte eterna. Mucho acerca de la vida después de la muerte aún está oculto para nosotros. Sin embargo, esto es claro: solo hay dos caminos y dos destinos. Hay un camino que termina en vida eterna, y hay un camino que termina en muerte eterna. El camino por el cual ahora viajas determinará el desenlace. Nadie sabía esto mejor que Jesús. Por lo tanto, dijo con urgencia: «Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan» (Mateo 7:13–14).

Gracias por escuchar esta lección. Esperamos que esta serie de conferencias sobre el Credo Apostólico haya sido una bendición para ti. Te invitamos a escuchar los demás cursos del Instituto John Knox. Por favor, compártelas con otras personas. Que Dios te bendiga al estudiar los preciosos tesoros de su Palabra.